

SOPHIE GOLDBERG

LA PIEL DE LAS AZUCENAS

© 2026, Sophie Goldberg

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2026
ISBN: 978-607-39-4349-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

PRIMERA PARTE

IEDO ENTRE PAREDES VIEJAS

Verdades que duelen

En la repisa, al lado del Niño Jesús de cerámica, estaba el retrato que le habían hecho a su papito. Rosario no sabía con qué motivo ni si había sido una ocasión especial, pero ahí estaba, tan guapo, tan fuerte. Todo un ranchero con su sombrero de palma, de ala amplia y curvada para protegerlo del sol, porque, como decía él: «Sombrero que no da sombra no es ni sombra ni sombrero».

Se le quedó viendo. Si tan solo no se hubiera entercado en ir aquel día a la ciudad; si no se hubiera comprometido con su compadre Jacinto a acompañarlo. Rosario y Elia, su madre, fueron por todo el pueblo desesperadas, preguntando si alguien los había visto retornar. Unas horas más tarde, todo Lerdo de Tejada los buscaba. Los vecinos les ayudaron a recorrer los prados con linternas y sus animales de carga; a hurgar entre los arbustos y los parajes; a llenar de falsas esperanzas las callejuelas serpenteantes. La esposa de Jacinto nomás lloraba y se abrazaba a sus tres hijos, que, sin éxito, trataban de consolarla. Dos días después, les dieron el reporte.

Los amigos cercanos de su papito, don Froilán y don Aureliano, tocaron a la puerta. Se retiraron el sombrero cuando les abrieron y clavaron la mirada en el piso.

—El camión de redilas del compadre Jacinto se salió de la carretera —dijo uno de ellos—. Dio dos vueltas antes de caer al vacío, donde se estrelló contra unas rocas.

—El fuego de la explosión se extendió por los matorrales —agregó el otro.

—Pero ellos están bien, ¿verdad? —preguntó Elia, esperanzada, que vio en el rostro del amigo lo que ella quería creer.

Rosario, a sus trece años, ya sabía la respuesta: la leyó en esos ojos que no podían mirarla de frente.

Esa noche, Rosario imaginó a su padrino Jacinto tratando de esquivar un buey para no atropellarlo, o quizá lo que había hecho era dar un volantazo para no estrellarse con otro coche o, probablemente, habían ido platicando con una cerveza en la mano y se habían distraído un momento. ¿Qué importaba ya cómo había sido? Nadie vio lo que pasó; nadie oyó la explosión; nadie acudió en su ayuda hasta que el humo que quedó del incendio —apagado por sí mismo— alertó a unos campesinos. En su cabeza, Rosario veía el terreno árido, la barranca pedregosa, la carretera angosta y ondulada y a su papito en el fondo, con los ojos abiertos, los brazos estirados y las manos entumecidas, como si hubiese querido frenar con ellas.

En cuanto se corrió la noticia del accidente, medio pueblo fue a la casa a presentar sus condolencias. Ahí velaron los cuerpos calcinados de los dos hombres. Sus viudas habían tenido que ir a identificarlos. No quedaban rasgos que reconocer, pero asintieron para que los volvieran a tapar y se los entregaran. Rosario y los tres chamaquitos de Jacinto esperaron afuera. A la niña se le formó un nudo en la garganta; los otros, de plano, no dejaban de llorar.

Pese al sufrimiento y a la rabia que sentía, un hervidero de recuerdos se le volcó en un instante. Lo más trivial, lo más cotidiano, le invadía la cabeza de imágenes. Como si se tratara de postales, recordaba su infancia al lado de un padre trabajador y buena gente, siempre buscándola cuando llegaba a casa, siempre pendiente de su madre y de ella. Y las veces que llegaba tarde era por la carga de trabajo, porque, como decía él: «Le quiero dar lo mejor a mi hija, todo lo que yo no tuve». Salieron las dos mujeres de la morgue sumidas en una tristeza paralela.

Elia, con la boca llena de amargura, dijo: «Sí, son ellos». Se quedaron todos callados viendo cómo la esperanza se esfumaba.

Durante el funeral, Elia casi no habló, se limitó a sonreírle a toda la gente que se acercaba a darle el pésame. A Rosario la abrazaban con lástima. Ella trataba de distraerse observando los gestos de unos y otros para no salir corriendo de ahí. Le sobraban las miradas de compasión. De entre las lápidas devoradas por la maleza, surgió la figura de una mujer joven y bien formada. Elia le clavó los ojos en una doble embestida. La mujer ocultaba parte de su rostro, y también de sus pecados, bajo un rebozo negro. Rosario leyó la incompreensión en el gesto retorcido de su madre: el ceño y los párpados fruncidos enmarcaron su mirada. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué parecía esconderse entre los árboles y las tumbas? Trató de acercarse a ella, pero, cuando creyó tenerla en la mira, se esfumó entre los vericuetos de alcatraces, agapantos y azucenas que pretendían consolar la tristeza y la melancolía del jardín funerario. Ofrendas florales, cruces y nombres picados en piedra; nichos en una tierra muerta.

Con un arrebato y un amén suspendido en el aire, Rosario tomó a su mamá del brazo. El mentón le temblaba y las venas de las sienes le brotaron como riachuelos azulados. Aquella presencia las había zarandeado. Aun así, esperaron a que el rito terminara. Después, salieron de ahí, apretando el paso entre susurros cizañeros. Fue en el camino de regreso a casa cuando Elia dijo: «Nos vamos a la capital, ya no tenemos nada que hacer aquí». Rosario aborrecería esa fecha. Todos supieron mirar más allá de lo obvio; ella no quiso hacerlo: prefirió continuar amando a su padre y cegarse a una corazonada. Optó por el silencio y no por la verdad. Su mamá lloró como no había llorado nunca, sin lágrimas y sin ensartar palabras, con patadas y puños.

Migrar

Rosario nunca olvidaría su llegada a la gran ciudad ese mes de marzo de 1956. Así como era, caótica y diversa, la urbe le hizo extrañar de inmediato su Lerdo de Tejada, su tierra en Veracruz. El pueblo que dejó, tras diez horas de viaje, se le iba perdiendo en la opacidad del cemento citadino que parecía arañarle los ojos. Delgada, de cabellos largos y negros, tenía el rostro de quien acaba de migrar; cansancio, sí, pero también curiosidad, la expectativa de un futuro por el que estaba dispuesta a reemplazar el pasado que cargaba en un costal a modo de equipaje. Un entramado en desorden se le figuraron las amplias avenidas, las calles medio escondidas, los camellones casi desnudos. Engranajes de tranvía, el ir y venir de los motores, el grito impaciente de las bocinas de claxon. La jovencita levantó la mirada, sorprendida, que se le estrenaba en tinacos, tendedores, cables eléctricos liados sin ton ni son, escaleras de hierro herrumbrado subiendo en caracol. A su alrededor: coches, prisa, motores, nubes de gasolina, llantas, semáforos, transeúntes, cemento, camiones, prisa, ruido, basura, humo, llantas, prisa, gente que va y viene, coladeras tapadas, agua encharcada, más cemento, más humo, más gente, más llantas, más prisa.

Trató de cruzar la calle: imposible. Ningún automóvil disminuyó la velocidad. Elia le gritó: «¡Ahora!», en el único instante en que hubo oportunidad. Rosario sentía la inmensidad de la capital, los edificios, los techos altos, los cientos de bodegas, los cables del trolebús y las decenas de semáforos que se

arremolinaban en ese sitio concurrido, bullicioso y, por momentos, fétido. Su madre notó el extravío en su rostro. El contraste con los aromas acostumbrados a pino, naranjo y mango confundía su olfato virgen.

A manera de consuelo, Elia comenzó a enumerarle a su hija todas las cosas que ahora podrían tener: que si la radio, que si con el tiempo comprarían una televisión, que si se bañarían con agua caliente en vez de hacerlo en el agua gélida del río, que si la electricidad. Rosario pensó que, si nunca había echado de menos todas esas cosas, ¿por qué habría de desearlas ahora? Se quedó callada. Durante el camino, no cruzó palabra con su madre más que las obligadas. Estaba ocupada observando, deglutiendo, tratando de entender este nuevo lugar que le era tan ajeno. Caminaron sin rumbo cierto. A ella le parecía que andaban en círculos, sin avanzar hacia ninguna parte. Siguió durante quién sabe cuánto tiempo hasta que encontraron a una mujer con un chamaquito amarrado a las espaldas, pidiendo limosna. Rosario estaba segura de que ya habían pasado por esa esquina, ¿o se parecía a todas las demás que recorrieron? Le era difícil posar la mirada en un solo lugar, el bullicio le entraba por los ojos, confundiéndola. Todo era intangible. Su madre le preguntó a la mujer si iban bien para el rumbo del barrio de La Merced. No lo sabían en ese momento, pero estaban paradas en la avenida Anillo de Circunvalación. Seis calles más al norte habían pasado por el Mercado de Mixcalco, especializado en la venta de ropa; y cuatro calles hacia el sur, por el Mercado de Sonora, dedicado a la herbolaria y los artículos religiosos, ese que más tarde se convertiría en uno de los lugares que más frecuentarían. Sin embargo, en ese momento, la ciudad era una selva que las intimidaba. La señora las miró, la cara de forasteras se les dibujaba en cada una de sus expresiones.

—¡Sí, aquí mero están, en La Merced, pues! —respondió, riendo y enseñando su boca chimuela.

Habían llegado a la meca del trabajo. Un compendio de voces encontradas llenaba sus oídos, pero lograron escuchar las instrucciones sobre cómo llegar a la calle que buscaban: la de Manzanares. Siguieron el trayecto marcado entre callejones. Rosario notó que del cableado de luz y de teléfono colgaban zapatos anudados en par por sus cordones. El portón número 17 en la calle de Manzanares, ese que llevaban horas buscando, finalmente, apareció ante ellas. Dejaron sus bultos en el suelo. Rosario notó que la circulación de su mano derecha se había cortado con la reata de fibra retorcida que cerraba su costal. Apenas sentía los dedos y un hormigueo recorría cada falange azulada que se había agarrotado en forma de zarpa. Percibió la emoción palpitándole en el vientre. Su madre picó un botón que de inmediato hizo sonar una chicharra tan ruidosa que la hizo saltar. Junto al botón, un mecate, que Rosario siguió con la vista, estaba atado a una campana para que, si el escandaloso timbre se descomponía, sonara. Unos segundos más tarde, salió una señora regordeta y con cara de pocos amigos.

La llegada

El zaguán de dos hojas, que tuvo un espléndido aire aristocrático cuando fue el hogar de un señor en la época de la Colonia, resguardaba la vecindad de Manzanares. El inmueble se encontraba en muy mal estado, pero se negaba a morir, al igual que muchos de sus habitantes, quienes habían dejado sus sueños y sus muchos años calcificarse en los poros de la piedra de esa fachada. Muros, patios y lavaderos casi en ruinas habían sido testigos a lo largo del tiempo y, si pudiesen hablar, serían cronistas de historias inverosímiles hechas leyenda desde que se fundó, en 1594, el Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de la Redención de los Cautivos.

En las vecindades de La Merced, parecían coincidir los distintos pasados por los que México había transitado; síntesis de cada una de sus épocas, se escribieron en ensayos de rasgos que fueron madurando con las centurias. Entrada natural de migrantes campesinos que buscaban oportunidades y que, con su trabajo y saberes, terminaron por darle identidad y fuerza al gran mercado. Limoneros michoacanos, naranjeros de Aguascalientes, plataneros veracruzanos o tomateros de Sinaloa. Todos con un sueño a cuestas: encontrar trabajo, traer al resto de la familia y prosperar.

La transición que la ciudad experimentaba, de lo rural a lo urbano, se reflejaba en la gente que, con resignación, vivía sus carencias y trataba de conservar intactos los divertimentos públicos: carnavales, festejos de santos plenos de flores y rituales

dedicados a los fieles difuntos. Cuando los tiempos parecían mejorar, se compartía en celebración con tamales, pulque, quesadillas y guajolote en mole; cuando la suerte los traicionaba y hasta el agua se agotaba, compartían lo poco que tenían y se encomendaban a Dios, como gente trabajadora que confiaba en su fe. Él siempre sabía cómo proveer.

Era un barrio tan solidario como peligroso, detenido en los albores de los siglos, viendo el pasado con ojos de nostalgia. Iglesias, casonas, palacios coloniales y conventos de puertas gemelas en los que la vida del México fecundo y recién descubierto se quedó detenida. Arcadas y bóvedas en las que se impregnó un intenso olor a polvo y abandono. Muros de piedra, intrincados pasillos, capillas y campanarios que daban constancia de todo lo ahí vivido.

Las nubes a punto de desplomarse fueron la bienvenida que el barrio de La Merced les dio a Elia y a su hija. Sabía de aquella vecindad gracias a su primo Pedro, quien, en cada visita al pueblo, le contaba anécdotas del lugar donde vivía. Elia hasta sentía conocer a la portera, doña Dominga, que Pedro decía que no dejaba de pellizcarle los cachetes, que era medio cascarrabias, pero que, en el fondo, era una buena mujer. En cuanto Dominga abrió la puerta, Elia la reconoció.

—Soy la prima de Pedro. —Se presentó cuando vio el gesto de extrañeza de la mujer.

Dominga se acercó, como si quisiera contarle una confidencia y le dijo muy quedo:

—Qué lástima que se lo escabecharon, ya me había encariñado con el Pedrito.

Dominga guio a Elia y a Rosario hasta el que había sido el cuarto del ahora difunto, el mismo que ellas ocuparían. En su recorrido, fueron analizando todo a su alrededor: el patio murmurante, las columnas cansadas, la maraña de tendederos y las escaleras indiscretas. La vecindad parecía haber sufrido la artritis del tiempo. Dominga sacó su manojito de llaves. Con

la menos oxidada, abrió la habitación. Elia agarró valor para entrar, después de todo, ahí había vivido su primo, ahora muerto. Una conejera de cuatro paredes mal pintadas, un foco desnudo y una repisa de madera sin barniz eran lo que las esperaba. Elia comenzó a imaginar: «Bueno, aquí puede ir mi cama y, en este otro lado, la suya. Aunque estrecha, creo que sí nos cabe. Una mesa y dos sillas, un par de repisas extras como alacena».

—No es lo que esperaba —le confesó Elia a manera de disculpa—, pero podemos dejarla bien bonita, para ti y para mí, ya verás; vamos a estar rete a gusto, hija.

Rosario no contestó. Se quedó pensando que tendrían que trabajar mucho para que no se les pasara lo que les quedara de vida en ese lugar. En ese momento, sus dos sufrimientos se juntaron y se avivaron: haber enterrado a su padre y haber dejado el pueblo. Le quedaba claro que el fallecimiento de su papá, aunado a la presencia de la misteriosa mujer en el cementerio, había acarreado la decisión de irse, de buscar oportunidades en la ciudad. Se asomó hacia el patio: un perro, cruza de furia y calle, amarrado con una cuerda al cuello que le impedía alejarse más de cuatro pasos del barandal oxidado de la escalera, ladraba. Parecía estar acostumbrado a vivir a la defensiva, igual que los pobladores de aquel barrio.

Cuando salieron del cuarto para ir a buscar a doña Dominga, varios inquilinos las miraban. De inmediato, se puso en marcha el engranaje del chismorreó acerca de las nuevas: guiños cómplices, risas sarcásticas, miradas ociosas y lenguas afilando las armas y llenándose de veneno. Bajaron las escaleras. Rosario alcanzó a ver de reojo cómo una mujer la miraba de arriba abajo, sobre sus oscuras ojeras. La analizó como quien revisa un producto que va a comprar. Sus ojos se clavaron en el rostro de la joven, y eso que nomás fue de pasadita. Más tarde se enteraría de que su nombre era Socorro. No supo si le dio más miedo pasar junto a ella o el terror de caminar junto al

perro que no dejaba de ladrar, furioso, derramando baba por todos lados. A pesar de estar sujeto a su cárcel sin rejas, le inspiraba pavor. Socorro también.

La mirada impassible de la portera era tal como su primo la había descrito. La guardiana del vecindario se encargó de leerles la cartilla, explicándoles todo lo que se podía hacer y lo que no se aceptaba entre los vecinos: que si no se podía hacer escándalo hasta tarde; que si nada de meter extraños al cuarto. Una sarta de reglas que la mayoría de los habitantes rompían a diario.

—No se preocupe —respondió la joven madre, tratando de imprimir firmeza a sus palabras.

La única que se acercó a saludarlas fue Yolanda:

—Quédense tranquilas. Aquí se habla mucho, pero, cuando de veras hay problemas, nadie se queda cruzado de brazos. Bienvenidas.

En un tono tenue, que contrastaba con el de las habladurías de las otras vecinas, Yolanda les dio el pésame por su primo. Les expresó cuánto lamentaba lo sucedido con Pedro y cuánto lo estimaba; era su vecino de puerta con puerta y le había agarrado cariño. Abrió los brazos, como queriendo abarcar el dolor que suponía acumulado en Elia, gesto que sorprendió a la joven, pero que recibió con gratitud. Se sentía perdida en su llegada a una ciudad idealizada que, por más que Pedro la hubiera descrito, jamás habría podido imaginar. Lo rural y lo urbano se encontraban en esa Merced que contenía muchos pasados y todos los presentes. Conventual, aristocrática, indígena y palaciega, acompañada de sabores y aromas de las calles de barrio, así de variopinta es La Merced.

Peligro hay en todas partes

Elia había terminado de desempacar las pocas pertenencias que había traído consigo cuando decidió salir al patio central a tomar un poco de aire fresco. Rosario dormía profundamente, exhausta tras el largo trayecto. El sol empezaba a ocultarse tras los edificios y una penumbra dorada bañaba la vecindad. El ambiente, lleno de voces, comenzaba a calmarse ahora que las familias se preparaban para la cena.

Al salir, se encontró con doña Dominga, quien la saludó y la invitó a sentarse un momento para charlar. En realidad, Dominga quería averiguar un poco más sobre la vida de su nueva inquilina. Agradecida por la compañía, Elia se dejó caer en una silla de madera junto a la entrada del cuarto de la portera. Fue entonces cuando lo vio por primera vez.

Desde la penumbra, en un rincón del patio, emergió una figura borrosa. Era un hombre de mediana edad con el rostro surcado por arrugas prematuras y ojos que destilaban una lascivia apenas contenida. Sus movimientos eran lentos y torpes y el olor a alcohol barato lo precedía.

—Elia, te presento a mi esposo, Justino —dijo doña Dominga con una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero que no lograba ocultar una sombra de resignación.

Él se acercó con una sonrisa torcida. Sus ropas estaban desaliñadas y, en esa mirada, había algo que le hizo sentir un escalofrío por la espalda. Sin esperar a que ella se levantara, él

se inclinó, demasiado cerca, y la envolvió con su aliento, cargado de alcohol.

—¿Así que eres la nueva inquilina? —masculló con una voz ronca y arrastrada; sus ojos recorrieron a Elia con una insolencia que la hizo sentirse expuesta.

El esposo de Dominga había ido a descifrar el nuevo enigma: le hizo un gesto con la mano a modo de bienvenida.

Elia forzó una sonrisa y murmuró un «gracias», evitando a toda costa el contacto visual. Su presencia era una nube oscura que descendía sobre el tranquilo refugio que acababa de encontrar. Sentía su mirada clavada en ella, despojándola de cualquier vestigio de seguridad que pudiera tener.

Doña Dominga, consciente de la incomodidad de Elia, intervino rápidamente.

—Viejo, ¿por qué no vas a ver si la cena ya está lista? —sugirió con firmeza disfrazada de amabilidad.

Él la miró con un destello de irritación, pero, al final, se dio la vuelta y se alejó, tambaleándose ligeramente mientras murmuraba algo inaudible. Elia soltó un suspiro de alivio cuando la figura amenazante desapareció.

—¿Qué es esa cara, Elia? —preguntó doña Dominga con un tono de disculpa poco sincero—. No te preocupes, aquí estás segura. Todos en la vecindad nos cuidamos unos a otros.

Elia asintió, aunque la inquietud seguía presente. Sabía que tendría que ser cuidadosa y mantener a Rosario lo más lejos posible de aquel hombre. El encuentro había sido una advertencia silenciosa de los peligros que también existían en la gran ciudad, escondidos tras las fachadas y las sonrisas.

Regresó a su cuarto, asegurándose de cerrar bien la puerta detrás de ella. Observó a Rosario, que seguía dormida plácidamente, ajena al mundo exterior. Elia se prometió que haría todo lo posible para proteger a su hija y encontrar en aquel nuevo entorno no solo un refugio, sino también la oportunidad de un futuro mejor. Pero sabía que iba a tener que estar

siempre alerta, vigilante, para evitar que las sombras de la ciudad se interpusieran en su camino.

Aquella primera noche en Manzanares, a Elia le costó trabajo conciliar el sueño, aunque estaba sumamente cansada por el largo trayecto, la tensión, el ruido y el frío que no dejaba de sentir, a pesar del sarape de lana que la cubría. Observó una cucaracha recorriendo veloz la línea del amarillento azulejo del piso hasta desaparecer por un minúsculo agujero en la esquina. Le dio más frío. Se ovilló tiritando y rezó el padrenuestro al ritmo de los ronquidos de su hija; después, le pidió al ángel de la guarda que las cuidara en ese nuevo camino y a la Virgen que las guiara. Sus oraciones se mezclaban con el cúmulo de imágenes de todo lo que vio en el transcurrir de esas horas: el lavadero colectivo en donde conoció a algunas de las vecinas que se dedicaban a azucar el fuego con la palabra; un joven casi niño inhalando una estopa de tiner; personas en situación de calle extendiendo la mano para después guardar una moneda caritativa; niños que se creían héroes o jinetes de corceles hechos con palos de escoba viejos.

El frío se le metía por los pies hinchados y desnudos, por los pensamientos, por los ojos cerrados. Olía a humedad. Trató de adormilarse, sabía que era importante descansar; además de lo extenuante que había sido ese día. El siguiente suponía el verdadero principio de su nueva vida. El insistente zumbido de una mosca y el miedo, tras conocer al esposo de Dominga, estaban decididos a no dejarla dormir. Elia extrañó el canto de los grillos que la arrullaba allá en el pueblo. Se persignó. No pudo evitar sollozar.

Ella y su hija se convirtieron en migrantes, de los que había tantos buscando mejores oportunidades en la gran ciudad. Ahora serían residentes de una metrópoli tan compleja como rebosante de oportunidades. No sería una simple gestión del destino, sino una fatalidad existencial que contrastaría en todos los aspectos de la vida con el campo, recalcaría lo simple

de esta. Para poder acostumbrarse a esa vida citadina, se adentraría en sus calles, en sus comercios, en la diversidad de sus productos, en sus pasillos estrechos y en sus grandes avenidas, en sus edificios añejos y en los que marcaban la modernidad. Penetraría en lo más genuino de la ciudad, en el mercado, en donde el sol parecía haber repartido todos sus colores entre los rebozos de las marchantas y sus pieles morenas; entre los chiles secos y las frutas maduras, entre las piñatas y los dulces, entre las acelgas y los alhelíes; entre el mixiote con sabor a tierra, el chicharrón crujiente, los guajolotes, el barro y el peltre; entre las hierbas medicinales, los guajes, la ruda y el pirul. Se deslumbraría con el rojo sangre y el rosa mexicano, el amarillo maíz y el negro obsidiana, que parecían perfilarlo todo a pinceladas.

Los días, nunca monótonos, nunca iguales entre sí, se convertirían en meses. Conocería a fondo su barrio: un lugar de desorden, de favores que no se olvidan, implacable con los deudores, profundamente guadalupano. Un barrio del que surgían mitos, donde se arraigaban los prejuicios de peligro, de niños callejeros; un lugar donde muchos quedaban invisibilizados por el sistema. Pero también un lugar rebosante de calidez, generosidad y amistades verdaderas, de alegría de vivir. Un lugar donde lo inesperado acechaba a la vuelta de la esquina y que, sin duda, impregnaría en el carácter de Elia la determinación. Sería ahí donde soñaría con ser insumisa. Un lugar de gente sin estudios, pero sabia: con experiencias de vida y tradiciones heredadas. Dejar atrás la vida en el pueblo y tratar de descubrirse fue como asistir a su segundo bautismo, aunque sin saber si saldría del agua respirando. Estaba exhausta. Lo oía todo, lo veía todo, pero parecía que se le habían anestesiado las emociones. Era tanto que no sentía ya nada. Era tanto que prefirió permanecer muda. Era tanto que ni siquiera se atrevía a imaginar lo que seguiría.

Una nueva amistad

El patio de la vecindad se había transformado en un hervidero de actividad apenas amaneció. Los niños correteaban alrededor de las tinas de lavar, jugando a las escondidas y lanzando risas que rebotaban contra las paredes. Rosario, aún con la timidez de quien se sabe recién llegada, los observaba desde la puerta del cuarto que compartía con su madre. Se sentía como una extranjera en aquel nuevo mundo lleno de caras desconocidas. A lo lejos, vio a un muchacho. Él la vio también. Al principio, se limitó a observarla, curioso por la presencia de la nueva inquilina. Miraba la postura retraída de Rosario, la manera en que se mantenía apartada del bullicio. Era un chico delgado, de alrededor de catorce años, con una mirada vivaz y una sonrisa traviesa.

Enfrascada en sus pensamientos, Rosario brincó asustada al ver a un perro que corría hacia ella ladrando con impaciencia. Se le había desamarrado la cuerda del cuello que lo ataba al barandal herrumbroso. «¡Quieto, Jaibo!» Se escuchó un grito justo antes de que el can saltara sobre Rosario. Enseguida, el perro se echó; su ferocidad se apagó bajo una súbita manse-dumbre, una obediencia quizá lograda a palos. Apareció el muchacho, moviéndose con la familiaridad de quien ha crecido entre esos muros.

—Deja que el Jaibo te husmee para que se vaya acostumbrando a tu olor, así sabrá que vives aquí y dejará de agredirte cuando pases cerca de él. Por cierto, soy Chema.

—Soy Rosario, mucho gusto —respondió, aún con temor.

Rosario, con el miedo todavía incrustado en la barriga, no soltaba su morral de ixtle, del que le daba desconfianza apartarse. La correa rasposa ya había dejado una llaga en su hombro por tanto roce. Chema le quitó el bolso con un gesto muy sutil y lo cargó.

Rosario se sintió un poco intimidada, pero también agradecida por la amabilidad del chico. Sus ojos oscuros, salpicados de pintas de color caramelo, le sonrieron también. El estómago le crujía y el aroma de las tortillas asándose en el comal de la portera le hizo agua la boca. Chema se dio cuenta.

—Ven, vamos —le ordenó con picardía—. Le voy a pedir una tortilla caliente con sal. Hoy anda de buenas.

—¿Eso es andar de buenas? —preguntó Rosario.

—¿Pues qué no la oyes canturreando? Bienvenida a la vecindad. Soy el hijo de Dominga. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo —agregó al tiempo que tomaba una tortilla del comal para ofrecérsela.

Rosario se ruborizó

—Perdón, perdón, no sabía...

Chema asintió, comprendiendo sin necesidad de más palabras.

—Ven, te mostraré el patio. Hay un rincón donde a veces encontramos pájaros heridos y los cuidamos hasta que pueden volver a volar. Creo que te gustará.

Rosario dudó un momento, pero la sinceridad en los ojos de Chema la convenció. Dio un paso adelante y luego otro hasta que se encontró caminando junto a él. Mientras avanzaban, Chema le señalaba los distintos rincones del patio, contándole historias y anécdotas con una habilidad que hacía que cada palabra cobrara vida.

Llegaron a un pequeño jardín improvisado donde varias macetas viejas albergaban plantas que luchaban por sobrevivir. En una esquina, una caja de madera servía de refugio para los pájaros heridos de los que Chema le había hablado.

—Mira, este es nuestro pequeño hospital de pájaros —dijo, inclinándose para mostrarle la caja—. A veces, encontramos golondrinas o gorriones que se cayeron del nido y los cuidamos aquí.

Rosario se agachó junto a él, observando la caja con fascinación. Chema, con su amabilidad desinteresada y su espíritu protector, era una promesa de amistad en aquel nuevo y desconcertante mundo.